

## CAPITULO VIII.

### ARGUMENTO.

Crece el alma santa en sus deseos, no pensando más que en gozar de su Dios á solas, y vivir con Él abrazada eternamente. Este gozo la anega, y hace desfallecer en los brazos de su Esposo, que es lo último adonde llega el estado de los Perfectos. Por ninguna cosa del mundo quisiera ella decaer de este estado: y para eso la muestra el Esposo las leyes de este espiritual desposorio: dícela que nunca se olvide de su primer origen, y de la miseria de donde la sacó y elevó á tanta dicha: que atienda que el amor es muy celoso, y no sufre la menor deslealtad: que le tenga siempre presente en su corazón, y en todas sus acciones: que lo desprecie todo por conservar la caridad. Pero esta virtud, cuando más perfecta, menos permite que se descuide de sus hermanos: que ó son imperfectos en virtud, y los debe ayudar para que crezcan; ó andan extraviados, y los ha de atraer á el amor del divino Esposo. Así hará que su propia alma, que es su huerto, y su viña, dé más fruto. Ultimamente la manda el Esposo que sobre todo le invoque sin cesar, y pida su última venida, para reinar eternamente con él; y que este sea el cantar que oigan siempre de su boca los que aman al Esposo.

1. *Quién te me dará, como hermano mio, que mamases los pechos de mi madre? kallartehiá fuera, besartehiá y también no me despreciarian.*
2. *Meteriate en casa de mi madre, enseñaríame, hariate beber del vino adobado y del mosto de las granadas nuestras.*
3. *Su izquierda debajo de mi cabeza, y su diestra me abrazará.*
4. (ESPOSO.) *Yo os conjuro, hijas de Jerusalém, por qué despertaréis, por qué desasosegaréis al amada, hasta que quiera?*
5. (COMPAÑEROS.) *Quién es esta que sube del desierto, recostada en su amado? (ESPOSO.) Debajo del manzano te desperté, allí te parió la tu madre, allí estuvo de parto la que te parió.*
6. *Ponme como sello sobre tu corazón, como sello sobre tu*

*brazo, porque el amor es fuerte como la muerte, duros como el infierno los celos, las sus brasas son brasas del fuego de Dios.*

7. *Muchas aguas no pueden matar el amor, ni los rios lo pueden anegar. Si diere el hombre todos los haberes de su casa por el amor, despreciando los despreciará.*

8. (ESPOSA.) *Hermana es á nos pequeña, y pechos no tiene ella; qué haremos á nuestra hermana cuando se hablare de ella?*

9. *Si hay pared, edificarle hemos un palacio de plata; si puerta, fortalecerémosla para ella con tabla de cedro.*

10. *Yo soy muro y mis pechos son torres, entónces fui en sus ojos, como aquella que haya paz.*

11. *Tuvo una viña Salomón en Bahal-hamón, entregó la viña á las guardas, y que cada cual trata por el fruto mil monedas de plata.*

12. *La viña mia, que es mia, delante de mí, mil para ti, Salomón, y doscientos para los que guardan su fruto.*

13. (ESPOSO.) *Estando tú en el huerto y los compañeros escuchando, haz que yo oiga tu voz.*

14. (ESPOSA.) *Huye amado mio y sé semejante á la cabra montesa y á los ciervos de los montes de los olores.*

### EXPOSICIÓN.

1. *Quién te me dará, como hermano mio, que mamases los pechos de mi madre?*

Una de las cosas que hay en el verdadero amor es el crecimiento suyo, que mientras más de él se goza más se desea, y más se precia; al contrario es el amor falso, y vil, que es fastidioso, y pone una aborrecible hartura. Hemos visto bien los procesos de este gentil amor, que aquí se trata: cómo al principio la Espssa, careciendo de su Esposo, deseaba siquiera algunos besos de su boca; después de haber alcanzado la presencia, habla y regalos suyos, deseó tenerle en el campo consigo; y ya que le tenía en el campo, gozando de él á sus solas sin que nadie lo estorbase, desea ahora tener más licencia de nunca se apartar de él: sino en el campo y en el poblado andar siempre á su lado y gozar de sus besos en todo lugar y en todo tiempo. Y para mostrar este deseo la Esposa y la



manera como quería cumplirlo, comienza como en forma de pregunta diciendo: *Quién te me dará, como hermano mio etc.* La cual forma de preguntar en la lengua hebrea, es oración de ánimos deseosos, y vale tanto como, *ojalá, pluguiese á Dios.* Y así es aquello que dice Jeremías (Hierem. cap. ix, v. 1). *Quién dará agua á mi cabeza?* Y David dice (Psalm. LIX, v. 7.) *Quién me dará alas como á paloma, y volaré?*

Dice pues la Esposa, que estando á sus solas, y sin conversación de otras gentes, ella goza de los besos de su Esposo, y se huelga, y alegra mucho con él; mas cuando está delante de gente, tiene vergüenza, como la suelen tener las mujeres: y dice, que le es gran pérdida aquella, porque siempre querría estar colgada de los hombros de su Esposo, cogiendo sus dulces besos, sin desasirse un punto: y que pluguiese á Dios ella pudiese tenerlo, y tratar con él, como con un niño pequeño, hermano suyo, hijo de su madre, que aún mamase; que como ella lo hallase en la calle, arremetería con él, y le daría mil besos delante de todos cuantos allí estuviesen. Porque esto es usado mucho de las mujeres con los niños, y no son notadas por esto, ni tienen empacho de hacerles estos regalos, ni de mostrarles este amor públicamente. Esta facilidad desea la Esposa tener en los besos de su Esposo y gozar de él. Y durando aún en la semejanza que ha puesto del niño, prosigue con deseo diciendo:

2. *Meteriate en casa de mi madre, enseñaríasme, haríate beber del vino adobado, y del mosto de las granadas nuestrás.*

Quiere decir: En teniéndote yo en casa, con mil besos, y abrazos te daría á beber dulce vino, vino adobado con miel y especias (1), y otras cosas, que los antiguos usaban para que fuese más suave, y ménos dañoso; y esto era más género de regalo, que de ordinaria bebida. Daríate también *arrobe de granadas*: porque con todas estas cosas dulces, se huelgan los niños, y sus madres y hermanas tienen gran cuidado de los regalar así. Y lo que dice, *enseñaríasme*, es como si dijese (estando todavía en la figura del niño) diríasme mil cosas de las que hubieses visto y oído por la calle, y mil cantarcicos: porque los niños todo cuanto ven ú oyen, todo lo parlan bien,

(1) El impreso y otros manuscritos, *mil espíritus.*

ó mal, como aciertan; y de esto reciben gran regocijo las madres, que los aman (1).

Conforme al espíritu, se pone aquí el grado más alto, y de más subido amor, que hay entre Dios y los justos, que es llegarle á amar bien, así que no se recelan, ni se recatan de ninguna cosa de las del mundo, llenos de una santa libertad, que no se sujeta á las leyes de los devaneos y juicios mundanos; ántes rompe por todas, y hace ley por sí sobre todos, y sale con ella, porque al fin la verdad y la razón es la que vence. Pues los que llegan á este punto y á esta perfección de gracia, que son pocos y raros, que andan ya en espíritu de santidad y verdad, y que viviendo vida espiritual y fiel, como viven los santos, no tienen respeto á cosa alguna, sino en público, y en secreto gozan de la suavidad de estos amores; entónces son hermanos de Jesucristo, é hijos perfectos de Dios, como lo manifiesta el Apóstol, diciendo (Ad Rom. cap. viii, v. 14.): *Los que son gobernados por el espíritu de Dios, estos hijos son de Dios.* Y él mismo dice (Ibid. v. 29), que Cristo niene muchos hermanos, y Él es el primogénito entre ellos.

Pero es de advertir, que aunque los sobredichos por el grande extremo de amor y gracia tienen ya cobrada licencia para amar, y servir á Dios á ojos vistos del mundo, sin temor de sus juicios: estos mismos sienten un particular gusto, y una libertad desembarazada, cuando se ven á solas con Dios sin compañeros, ni testigos. Y por esto dice, *que te halle fuera*: lo cual en todo amor es natural, los que bien se aman, amar la soledad, y aborrecer cualquier estorbo de compañía y conversación. Porque el que ama, y tiene presente lo que ama, tiene llena su voluntad con la posesión de todo lo que desea; y así no le queda deseo ni voluntad, ni lugar para querer, ni pensar en otra cosa. De donde nace, que todo lo que le divierte algo de aquel su amor y gozo, poniéndosele delante, le es enojoso y aborrecible, como la muerte. Así que en toda amistad pasa esto así; pero señaladamente más que en otra ninguna se ve en la que se enciende entre Dios y el alma del justo. Porque así como excede sin ninguna comparación el

(1) El impreso y otros manuscritos, *los que los crían, y aman.*



bien que hay en Dios, al que se puede hallar y desear en las criaturas, por su acabada perfección, y beldad infinita; ansi los que por gran don suyo enamorados de este bien, comienzan á tener gusto de él, gustan de él incomparablemente más que de otro; ó por mejor decir, no les queda cosa de voluntad, ni entendimiento, ni gusto libre para gustar de otro. Cuando le tienen ausente, él solo es su deseo; cuando por secretos favores, se les da presente, arden en vivo fuego; y ricos con la posesión de un bien tamaño, juzgan por desventura, y mala suerte todo lo que fuera de él se les ofrece.

Y en tanto grado aman la soledad, y se molestan de todo lo que les ocupa cualquier parte de su voluntad, por pequeña que sea, que si en estado tan bienaventurado como es el suyo, se compadece haber pena, ó falta, no sienten otra, sino es la de su entendimiento y voluntad, que por su natural flaqueza y limitación quedan atrás en el amor, que se debe á bien tan excelente. De aquí los tales, por la mayor parte, se apartan de los negocios de esta vida, huyen el trato y conversación de los hombres, destiérranse de las ciudades, y aman los desiertos y montes, viviendo entre los árboles, solos al parecer y olvidados, pero á la verdad alegres y contentos, y tanto más, cuanto en vivir así, están más seguros, de que ninguna cosa les podrá cortar el hilo de su bienaventurado pensamiento y deseo, que de continuo en el corazón les tira, y les hace decir con la Esposa: *Quién te me dará, hermano mio, criado á los pechos de mi madre, que te halle fuera etc.*

En todas partes está Dios, y todo lo bueno y hermoso, que se nos ofrece á los ojos en el cielo, y en la tierra, y en todas las demás criaturas, es un resplandor de su divinidad, y por secreto y oculto poder está presente en todas, y se comunica con todas. Mas estar Dios así, es estar encerrado; y lo que se ve de él, aunque por ser de él es bien perfecto, por parte de los medios por donde se ve, que son limitados, y angostos, vése imperfectamente, y ámase más peligrosamente. Quiere pues la Esposa, tenerle fuera, que es gozarle así sin miedo (1), ni tercerías de nadie, y sin ir mendigando, y como barruntando su belleza por las criaturas; y visto así,

(1) El impreso y otros manuscritos, *sin medio*.

cual es, y cuan grande y perfecto es, allegarle consigo, y abrazarle con un nuevo y entrañable amor; meterle en su casa, y en lo más secreto de su alma, hasta transformarse toda en él, y hacerse una misma cosa con él, como dice el Apóstol (I. ad Corinth. cap. vi, v. 17.): *El que se ayunta á Dios, se hace con Él un mismo espíritu*. Y entónces se verá la verdad de lo que añade, *y nadie me despreciará*: que como dice San Pablo (Ad Rom. cap. viii, vv. 20 y 21.), todo lo que acá se vive, es sujeto á la vanidad y escarnio; pero aquel día será el que volverá por la honra de la virtud, y descubrirá la gloria de los hijos de Dios.

Mas tiempo es ya que tornemos á nuestro propósito. Dice la Esposa:

3. *Su izquierda debajo de mi cabeza, y su diestra me abrazará.*

Es propio del corazón enternecido con la pasión del amor, desear mucho; y viendo la imposibilidad, ó dificultad de su deseo, desfallecer las fuerzas, y desmayarse luégo. Estaba, como parece, la Esposa en el campo con su Esposo, y aunque gozaba de él, deseaba gozarle con más libertad, y sin estar obligada á recatarse de nadie, como declaró en las palabras ya dichas; mas viendo que le faltaba aquella facilidad, para gozar totalmente de su amado, desmábase de una amorosa congoja, como en semejantes afectos otras veces lo ha hecho. Y porque para todas sus pasiones tiene por único remedio á su Esposo, al tiempo de su desfallecimiento demanda el regalado socorro del abrazo suyo, conforme á la demanda del otro desmayo, de que ya dijimos (1), donde declaramos esta letra, y parte de lo que se sigue. Sólo es de advertir un punto en lo que dice el Esposo.

4. *Conjúroos, hijas de Jerusalém, ¿por qué despertaréis, y por qué alborotaréis á la amada hasta que quiera?*

La pregunta *por qué*, vale tanto, como rogar vedando; y lo mismo quiere decir, *por qué despertaréis, por qué alborotaréis*, que si dijera, *no despertéis, no alborotéis*. Y tal como esto es lo del Salmo (Ps. 87, v. 15, según el hebreo.): *¿Por qué te apartaste, Señor, tan lejos, por qué escondes tus faces?* Que es

(1) Véase el cap. II. v. 6, pág. 35.



decir, Señor, no te alejes, no te ausentes; salvo, que diciendo por la pregunta, pone gran compasión, como si dijera: ¿No habeis lástima de despertarla? Dejadla dormir y pasar su desmayo, hasta que torne de suyo á volver en sí.

5. *¿Quién es esta, que sube del desierto, recostada en su amado?*

Este verso es paréntesis, ó sentencia entretrejida en las hablas de los dos, Esposo y Esposa, y son palabras de las personas, que veían cómo los dos amantes se iban juntos desde el campo á la ciudad, y la Esposa venía muy junta, y pegada á su Esposo. Porque después que ella tornó en sí del desmayo sobredicho, se fingen subir á la ciudad, y ella con más atrevimiento que ántes, se iba muy junta, y abrazada con su Esposo, sin tener el respeto de temor y vergüenza, que tenía primero, y como señora ya de aquella libertad, que poco ántes deseaba y pedía, como habemos visto. Porque el amor suyo, que había llegado ya á lo sumo (1), le daba alientos para vencer todo esto; y parte fué para ello aquel desmayo que tuvo. Y esto es cosa muy aguda en caso de amor, y punto muy de notar, que cada vez que alguno sobre algún

(1) El justo que ha subido á este sumo grado de perfección, dice bien con San Pablo: *Vivo yo, ya no yo, pero vive en mí Jesucristo*. Porque vive, y no vive. No vive por sí, pero vive, porque en él vive Cristo, esto es, porque Cristo, abrazado con él, y como infundido por él, le alienta, y le mueve, y le deleita, y le halaga, y le gobierna las obras, y es la vida de su feliz vida. Y de los que aquí llegaron dice propiamente Isaías: *Alegráronse con tu presencia, como la alegría en la siega; como se regocijaron al dividir del despojo*. De la siega dice, que es señalada alegría, porque se coge en ella el fruto de lo trabajado, y se conoce que la confianza que se hizo del suelo, no salió vacía, y se halla como por la largueza de Dios, mejorado, y acrecentado, lo que parecía perdido. Y así es alegría grandísima la de los que llegan aquí. Porque comienzan á coger el fruto de su fe, y penitencia, y ven que no les burló su esperanza, y sienten la largueza de Dios en sí mismos, y un amontonamiento de no pensados bienes. Y dice del *dividir los despojos*; porque entónces alegran á los vencedores tres cosas, el salir del peligro, el quedar con honra, el verse con tanta riqueza. Y las mismas alegran á los que agora decimos. Porque vencido, y casi muerto del todo lo que en el sentido hace guerra, y esto porque el Espíritu de Cristo nace, y se derrama por él; no solamente salen de peligro, sino se hallan improvisamente dichosos, y ricos. (*Nombre de Hijo, tom. III, págs. 325 y 326.*)

negocio que le daba pasión, deseándolo ó de otra manera, se desmaya ó pierde el juicio; cuando torna en sí, tiene nuevo ánimo y atrevimiento en aquel negocio. Y esto es muy probado en los que han estado sin seso, que después tornan otros hombres diferentes de lo que antes; y vemos, que el que enloqueció por algún caso de honra, después que torna en su libre poder, no estima aquello; y de estas hay cada dia muchas experiencias. Y la causa de ello es, lo que acaece por ley de naturaleza en todos los demás sentidos, que eso mismo que sienten, y apetecen naturalmente, cuando acaece, que viene á ser excesivo, los corrompe y destruye. Como vemos, que una luz muy clara ciega á las veces, y un sonido desmedido ensordece, y el tacto se torna insensible con el frio, ó el calor extremado. Y por la misma razón el afecto ó pasión, que llega al extremo de torcer el juicio, ó desmayar el corazón, deja como amortiguados los sentidos para no sentir ya más cosa semejante. Y así la Esposa, que poco ántes se quejaba por no poder públicamente gozar de sus amores con su Esposo; de sentir mucho esta vergüenza, viene ahora á no sentirla, y viene ahora delante de todos tan asida y afirmada de él, que los otros con admiración preguntan: *¿Quién es ésta que sube del desierto*, tan asida, y junta á su Esposo, que viene como sustentada toda sobre él?

Aquí *desierto* significa tanto como *campo* á la letra, porque así se ve, que ellos no tornaban del *desierto* á la ciudad, sino del campo, donde había huertas y viñas, con arboledas y granjas. Y también, porque no siempre este nombre *desierto* significa entre los hebreos, lugares yermos, y que carecen de habitación, y de pastos y verduras; antes muchas veces significa, lugares anchos y llanos en el campo, adonde aunque no hay tan espesas moradas de gentes, á lo ménos no faltan algunas, y juntamente hay pastos y abrevaderos. Porque en la sagrada Escritura muchas ciudades se cuentan estar asentadas en desierto, que quiere decir, en campo llano; y así leemos en Josué (Josué, cap. xv, v. 61.), que á los del tribu de Judá les cupieron seis ciudades del desierto; y de Moysén se dice en el Exodo (Exod. cap. iii, v. 1.), que llevó el ganado de su suegro, que apacentaba, al *desierto*, más adentro de lo que ántes estaba.



6. *Debajo del manzano te desperté, allí te parió la tu madre, allí estuvo de parto la que te parió.*

Esto es trasladado á la letra del original hebreo; que el trasumpto latino dice de otra manera, y dice así: *Allí fué violada la que te parió, allí fué corrompida tu madre.* El sentido de estas palabras, á la letra, parece ser, que la Esposa habiendo tornado en sí del pasado desmayo, y con mayor atrevimiento habiendo comenzado á gozar de su Esposo (el cual en la mayor parte de esta canción se pinta rústico pastor, conforme á la imaginación que el Autor de ella tomó) viniendo agora muy junta con él, y abrazada, acuérdate del principio de sus amores, de los cuales agora goza tan dulcemente; y acordándose, cuéntaselo con alegría grande (1).

(1) Parece que la santa Esposa en este lugar, rebotando de gozo, pero llena también de humildad y gratitud, nos recuerda á todos nuestro primer origen, y la primera gracia que recibimos, cuando Dios perdonó su culpa á nuestro primer Padre, y le crió de nuevo en justicia y santidad: gracia inestimable, que debemos todos tener siempre en la memoria como la más ilustre prueba de la grandeza del amor que nos tiene. Peca Adám, y condenáse á sí, y á todos nosotros; y perdónale después Dios, y hácele justo. ¿Quién podrá decir las riquezas de liberalidad, que descubrió Dios, y que derramó en aqueste perdon? Lo primero, perdona al que por dar fe á la serpiente, de cuya fe y amor para consigo no tenía experiencia, le dejó á él, Criador suyo, cuyo amor y beneficios experimentaba en sí siempre. Lo segundo, perdona al que estimó más una promesa vana de un pequeño bien, que una experiencia cierta, y una posesion grande de mil verdaderas riquezas. Lo tercero, perdona al que no pecó, ni apretado de la necesidad, ni ciego de la pasión, sino movido de una liviandad, y desagradecimiento infinito. Lo otro, perdona al que no buscó ser perdonado, sino ántes huyó, y se escondió de su perdonador; y perdónale, no mucho después que pecó y laceró miserablemente por su pecado, sino cuasi luégo luégo como hubo pecado. Y lo que no cabe en sentido, para perdonarle á él, hízose á sí mismo deudor. Y cuando la gravísima maldad del hombre despertaba en el pecho de Dios ira justísima para deshacerle, reinó en él, y sobrepujó la liberalidad de su misericordia, que por rehacer al perdido, determinó de disminuirse á sí mismo, como San Pablo lo dice, y de pagar Él lo que el hombre pecaba; y para que el hombre viviese, de morir Él hecho hombre. Liberalidad era grande, perdonar al que había pecado tan de balde, y tan sin causa; y mayor liberalidad, perdonarle tan luégo después del pecado; y mayor que ambas á dos, buscarle para darle perdón, antes que él le buscase; pero lo que vence á todo encarecimiento de liberalidad, fué, cuando le reprendía la culpa, prometerse á sí mismo, y á su vida, para su

Porque una de las condiciones del amor es, que á los enamorados hace de gran memoria, que sin olvidarse jamás de cosa, por pequeña que sea, siempre les parece tener delante un retablo de toda la historia de sus amores, acordándose del tiempo, del lugar y del punto de cada cosa. Y así en sus dichos, y escritos usan muchas veces de las cosas pasadas para su propósito; unas veces contándolas, sin parecer que hay para qué; y otras, que se les ve claro el fin de su intención. Y como la retórica de los enamorados consiste más en lo que hablan dentro de sí, que en lo que por la lengua publican, muchas veces traen lo primero á la postre, y lo último al principio. Como vemos en este lugar, que la Esposa dice el principio de sus amores tan al fin de la canción, que parece que lo debía haber contado antes, si de ello quería hacer mención. Mas como habemos dicho, en ellos no hay antes, ni después en estas cosas, que todo lo tienen presente en su fantasía: y agora embebida en la suavidad del amor que delante tenía, pensando unas cosas y callándolas, dice otras. Y es lo que decía esto: Oh amado mio Esposo, que me parece que agora te veo la primera vez, que te moví á amarme, y á que tratases este desposorio conmigo; y esto era estando tú y yo debajo de un árbol en las huertas, y en aquella huerta, debajo del árbol, que te parió la tu madre.

*Y allí estuvo de parto la que te parió.* Repite la misma sentencia, como suele y quiere decir: No eres extranjero, porque de allí eras natural, y allí te había parido tu madre, y allí te desperté y encendí en mi amor; y porque este amor me ha hecho tan dichosa, gozando del bien, que por él gozo, bendigo aquel día, aquella hora y aquel lugar adonde tú me amaste. Lo cual es dicho, como otras muchas cosas que arriba hemos visto, conforme á lo que mejor dice y asienta, y suele acontecer más comunmente á los pastores y labradores que viven en el campo, cuyas personas y propiedades imita Sa-

satisfacción y remedio. Y porque el hombre se apartó de Él, por seguir al demonio, hacerse hombre Él, para sacarle de su poder. Y lo que pasó entonces, digámoslo así, generalmente con todos, porque Adám nos encerraba á todos en sí, pasa en particular con cada uno continua y secretamente. (*Nombre de Rey, tom. III, págs. 181 y 182*).



lomón en este su Canto. A los cuales así como andan lo más del tiempo en el campo, así les es muy natural nacer en el campo, y el concertar los amores los zagales con las zagalas por las florestas y arboledas, y por donde se topan. Esta es la sentencia de la letra, cuanto podemos alcanzar, y va muy conforme á otras razones, que en este caso suelen decir los enamorados.

7. *Pónme como sello en tu corazón, como sello sobre tu brazo, porque el amor es fuerte como la muerte, duros como el infierno los celos, las sus brasas son brasas del fuego de Dios.*

8. *Muchas aguas no pueden matar el amor, ni los rios lo pueden anegar. Si diere el hombre todos los haberes de su casa por el amor, despreciando los despreciará.*

Es muy digno de considerar el misterio grande de este lugar: que hasta aquí ha mostrado el Esposo á la Esposa el amor que le tiene, mas no del todo abiertamente, que unas veces la regalaba antes de ahora, y otras la loaba, y algunas se le mostraba esquivo y airado, porque ella fuese poco á poco conociendo la falta que sin él tenía; ahora después que ya ella ha venido á amarle perfectamente del todo, y que él siente ser así, muéstrale y dale á entender por claras palabras, sin fingimiento ni rodeo, lo mucho que le ama. Como si entre sí dijera: Ahora es tiempo de avisar á esta mi Esposa de mi amor, y amonestarla, no pierda ni disminuya el amor, que me tiene. Y dícele estas palabras, las cuales pronuncia con grande y vehemente afecto en esta sentencia: Oh Esposa mia carisima, ten cuenta con cuanto te amo y cuanto he penado por tus amores, y nunca me dejes de tu corazón, nunca ceses de amarme, de manera que tu corazón tenga esculpida é impresa en sí mi imagen, y no la de otro ninguno. Haz que en él esté yo tan firme, como está la figura en el sello, que está siempre en él sin mudarse, y todo cuanto se imprime con él, sale de una misma imagen; así quiero yo que en tu corazón no haya otra imagen más de la mia, ni que tus pensamientos impriman en él más de á mí, y primero le hagan pedazos, que le puedan hacer mudar el retrato, que en sí tiene mio. Y no sólo deseo que me traigas en tu corazón y pensamientos, más también de fuera quiero que no mires, ni oigas otra cosa, sino á mí tu Esposo, y que todo te parezca

que soy yo y que allí estoy yo; y esto hacerlo has trayéndome delante de tus ojos siempre. Como los que usan á sellar sus secretos y sus escrituras, porque nadie las hurte ó falsee el sello, lo traen siempre consigo en alguna sortija en la mano, de manera que siempre ven su sello; porque la parte nuestra, que más presto y más á menudo vemos, son las manos. Y sabe, Esposa, que tengo razón de pedirte esto, por lo que he hecho por tí (1), y por causa del amor tuyo que está en mi pecho: el cual es tan fuerte y me ha forzado tanto sin poderle resistir, que la muerte (contra quien no vale defensa humana) no es más fuerte que el amor que yo te tengo. Así hecho ha este amor de mí todo lo que ha querido, como la muerte hace su voluntad con los hombres, sin ser ellos parte para poderse defender de ella. Deseo también, Esposa, que me ames solo, sin amar á otro; así porque mi amor lo merece, como por el tormento que reciben con los celos los que aman, como yo: que te certifico, que no les es ménos grave y penosa la imaginación celosa, que la vista de la sepultura; y más fácilmente sufrirán que les digan, en este sepulcro que aquí está abierto, te han de enterrar ahora luégo, que si les dijiesen, la que tú amas tiene otro amado. Por esto ten cuenta de amarme solo (2), así como yo lo merezco, por el encendido amor que te tengo.

(1) Dice San Pedro, *que somos redimidos no con oro y plata, que se corrompe, sino con la sangre sin mancilla del Cordero inocente*: y esto lo dice para persuadirnos, que estimemos nuestra redención; y que cuando ninguna otra cosa nos mueva, á lo menos por haber sido comprados con una vida tan justa, y lavados del pecado con una sangre tan pura, porque tal vida no haya padecido sin fruto, y tal sangre no se derrame de balde, y tal inocencia y pureza ofrecida por nosotros á Dios, no carezca de efecto; nos aprovechemos de Él, y nos conservemos en Él, y después de redimidos, no queramos ser siervos. (*Nombre de Cordero, tomo III, página 401*).

(2) A todos nos conviene meter en este negocio, de amar á Dios solo todas las velas de nuestra voluntad, y afición, porque sin él ninguno puede cumplir, ni con las obligaciones generales de cristiano, ni con las particulares de su oficio. Este cuidado ha de ser el primero, y el postrero: quiero decir, que comience, y demedie, y acabe todas sus obras, y todo aquello á que le obliga su estado á cada uno, de Dios, y en Dios, y por Dios: y que haga lo que conviene, no sólo con las fuerzas que Dios la da para ello, sino última, y principalmente por agradar á Dios, que